

“SER EL PRIMERO EN VIVIR”

¿Qué estarán tramando?

Esa es la pregunta que una madre con dos hijos, Sandra de 12 años y Juan de 21, se hace cuando los llamas para almorzar y solo se escucha por respuesta un: “ya vamos mamá, estamos ocupados...”

Juan siempre ha confiado en su hermana mucho más que en mí, aunque quizás no se trate de confianza, sino de una complicidad que solo puede fluir entre dos personas, que a pesar de su diferencia de edad, conviven en la inocencia compensada de los doce años de Sandra y el retraso mental de Juan.

Es 18 de Septiembre, el inicio de curso este año se ha retrasado hasta el 22, aunque en casa ya llevamos un par de días con ese olor intenso a plástico que se desprende de forrar los libros del nuevo curso que a Juan en el fondo le molesta en la misma medida que le entusiasma ayudar a su hermana a hacerlo.

Como cada día, Juan es el primero de los dos en abrir los ojos y tocar diana en torno a las siete y media de la mañana para gritar corriendo el pasillo adelante un “lo he oído, lo he oído, el panadero está en la puerta, mami”. Previamente se lo ha hecho saber a su hermana, que aún refunfuña en la cama por haberla despertado, ella siempre fue mucho más dormilona que Juan. Yo llevo levantada desde las seis y cuarto, he recogido el suelo del salón de la batalla librada anoche entre las fichas de parchís y oca, he puesto una lavadora y ahora estoy en la cocina pelando unas zanahorias, hoy comemos lentejas con zanahorias. “¡El panadero está en la puerta, el panadero está en la puerta, lo he oído!” Juan sabe que el día comienza con esa ráfaga de pitidos intensos e intermitentes de la furgoneta de Modesto, el panadero del pueblo que aún conserva la costumbre de vender el pan por las calles del barrio.

- ¡Venga, mamá! ¡que se va, que se va, que se va!
- Pero mira que eres impaciente, Juan, deja al menos que suelte el pelador y pueda coger el monedero para darte el dinero. Dos euros, hoy quiero solo dos barras, ¿entendido?

Como si de una obligación matinal se tratara, el pan tiene que salir a comprarlo él. ¡Qué inteligente es! A mí no me engaña, Modesto lo tiene muy consentido y él lo sabe. Soy yo la que abre el pestillo de la puerta de casa, (siempre me gusta tenerlo puesto, vivo con dos niños, uno de ellos con un trastorno mental y toda precaución es poca) pero es Juan el que abre la puerta y me empuja como un toro para salir corriendo hasta la esquina donde ha aparcado el panadero y ya se arremolinan dos o tres vecinas. Me gusta asomarme por el balcón para comprobar que Juan se comporta como le he enseñado. “Buenos días, María; buenos días, Anita; buenos días, Carmen...”, se le amontonan los saludos en tropel en la boca y aunque la lección de saludar educadamente la tenemos bien aprendida, no nos ocurre lo mismo con el turno para ser atendido.

Juan quiere ser siempre el primero, no puede evitarlo, y mira que intento hacerle ver que hay que respetar a las personas mayores, pero es complicado. Insisto, la “culpa” la tiene Modesto, la impaciente recompensa diaria a la tarea de la compra del pan es una ansiada sorpresa en forma de dulce que siempre le da para provocar en Juan esa risa a carcajadas sin control de sentirse privilegiado porque le han regalado una magdalena rellena de choco, una medianoche de pan dulce o una palmerita de hojaldre con azúcar.

Es feliz, sí, muy feliz, pienso desde el balcón. Lo veo en la manera en la que ondea su premio mostrándolo a las vecinas que sonríen con él de la manera más cómplice. El “hasta mañana, amigo” que Modesto le ha dedicado mientras le da la vuelta de los dos euros es sin duda el emplazamiento perfecto para que Juan capte sin lugar a dudas que mañana habrá de nuevo regalo, y provocarle una carcajada aún mayor casi con lágrimas de risa ya en los ojos por sentirse único y especial cada mañana.

Para cuando Juan vuelve a casa después de comprar el pan Sandra ya se ha levantado a cerrar de nuevo la ventana que su hermano le puso de par en par cuando despertó, quiere seguir durmiendo un ratito más, pobre mía, tarea inútil. Lo siguiente ya sabemos lo que es, volver a encender la luz, destapar a Sandra y obligarla a despertar porque ya es hora de levantarse.

Hoy Juan en el desayuno ha estado más nervioso de lo normal, no sé qué le ocurre pero lo noto, algo le ronda en la cabeza, y lo peor de todo, su hermana lo sabe y no ha querido decirme nada.

Ya están los dos aseados y listos para batallar el día. No es tarea diaria fácil, sobre todo hacerlo en los tiempos de los que dispongo antes de tener que irme a trabajar. Juan tiene casi veintidós años y su fuerza ha crecido a la misma vez que creo que la mía ha menguado. Aunque a decir verdad, con Juan, siempre ha funcionado mucho mejor, por raro que parezca, la fuerza de la palabra y el razonamiento. Esto me lo ha enseñado Sandra, sí, mi hija Sandra. Quizás ella haya tenido que desarrollar ciertas habilidades con su hermano que solo confiere la astucia de querer el mismo juguete que él y saberse perdedora si lo intentaba por la fuerza porque le saca nueve años y casi treinta kilos. Sandra es tan responsable y madura, y estoy tan orgullosa de ella a pesar de su corta edad, que solo puedo pensar que es un regalo de Dios para mí y para su hermano. Sin su ayuda nada sería igual, no hay mejor protectora para Juan que ella, ella lo entiende, ella lo consuela, ella lo calma, ella simplemente ha conseguido que hoy Juan ceda en su “no” rotundo a lavarse los dientes después de desayunar porque le ha prometido que si lo hace le regalará una chuche mágica que explota en la boca y convertirá sus dientes en perlas brillantes como las del tesoro de los piratas del cuento que tanto le gusta. En realidad, solo se trata de un chicle con algo de pica-pica, pero ella es tan inteligente...

Lo dicho, mi mañana comienza con carreras y alguna que otra voz, la paciencia es una virtud que a veces también se colma. Hoy las lentejas han tenido que esperar, las terminaré cuando vuelva a mediodía a casa.

Marina ha llegado ya, es la chica que se queda en casa con ellos mientras yo no estoy, lleva todo el verano con nosotros y se lleva muy bien con los niños. ¡Lástima! Es su última semana, el lunes que viene comienza el colegio. ¡Las nueve menos cuarto! Si no salgo ya, llegaré tarde a trabajar. Mil besos a la salida de casa y un “mami, no tardes” de Juan, que retumba hasta en la calle de al lado.

Es extraño, he vuelto a casa y la mesa no estaba puesta. Digo que es raro porque es Juan el que se empeña cada día en ponerla sin que nadie, ni siquiera Marina, pueda interferir en ello. Todos los días cuando vuelvo a casa para almorzar los niños salen a

recibirme con un beso, Juan el primero, por supuesto, con un abrazo sin medida de fuerza que me hace pensar que cualquier día me partirá una costilla. Pero es raro, hoy justo después de recibirme, los dos se han vuelto a su cuarto y han cerrado la puerta. Tuve que ir a por ellos después de haberlos llamado con insistencia un par de veces porque las lentejas se enfriaban en la mesa. Llamé a la puerta de su dormitorio y me recibieron con nerviosismo, disimulo y una risa floja, sobre todo de Juan, que delataba que algo raro tenían entre manos. “Estamos coloreando”, no pudo contener Sandra mientras guardaba en una carpeta algo que supuse que sería el resultado de unas manos llenas de rotulador rojo y verde, una nariz negra del carboncillo del sacapuntas, y el suelo tapizado de recortes de papel de seda y cartulina.

La hora de la siesta es sagrada para Sandra; para Juan, sin embargo, son las horas más difíciles del día, es tan activo que no soporta que su hermana prefiera dormir a seguir jugando con él. Un día más se ha enfadado, ha llorado y me ha pegado de impotencia al verse preso de la quietud y el sopor de la sobremesa. Solo he conseguido calmarlo cuando le he ofrecido ver de nuevo juntos el vídeo de la madrugada de la Semana Santa de Sevilla que nos regalaron con el periódico hace un par de años. Desde entonces, creo que son casi cuarenta veces las que lo hemos visto, pero no importa, contemplar su cara iluminada con una sonrisa mientras le limpio la última lágrima que cae por su mejilla fruto del enfado previo, no tiene precio.

La aparente normalidad que la tarde nos regalaba mientras Juan entraba con La Macarena en Campana y yo aprovechaba para coser el bajo de un pantalón, topó de bruces con los contratiempos de la enfermedad mental de Juan. De nuevo, una de sus crisis epilépticas. Corro a socorrerlo pero es tarde, ya ha caído al suelo. En el golpe se ha hecho una brecha en la frente con la esquina del mueble del salón, sangra, pero eso es lo de menos ahora. No puedo con él, es ya un hombre y tiene demasiada fuerza. Por Dios, ¡qué pase pronto! La impotencia de no tener remedio médico inmediato a una crisis de mi hijo es una de las sensaciones más inhumanas que una madre puede padecer. El tiempo se para, la vida se encoje y tengo que sacar en esos momentos de injusta barbarie cebada con mi hijo toda la paz, certeza y serenidad de mis manos para ayudarlo tanto a que no se ahogue con la espuma que genera su propia boca como a evitar que se haga daño con las convulsiones incontrolables que cimbrean su cuerpo como si de un muñeco de trapo se tratara...

“Ya pasó, Juan. Tranquilo, mi vida, no tengas miedo, mamá está aquí contigo”.

Eso es todo lo que necesita oír mi hijo para volver a sonreírme mientras le curo la herida de la frente y vuelve a pedir el mando de la tele para rebobinar y escuchar su marcha de Semana Santa favorita: “Mi Amargura”.

Respiro tranquila, hoy Sandra no tuvo que ver a su hermano en plena crisis, es una niña muy madura pero en realidad no dejar de ser aún eso, solo una niña.

Son las siete de la tarde y estoy recuperada del susto, no hay tregua, la vida en casa para Juan y Sandra continúa como si no hubiese pasado nada, solo son testigos de lo ocurrido los arañazos de Juan en mis brazos cuando intentaba ayudarlo, pero eso, queda solo para mí.

- Chicos, ¿salimos a dar un paseo a la plaza antes de cenar?
- No, mamá, estamos ocupados, volvieron a repetirme de nuevo desde su dormitorio. Esta vez, mi mente, imagino que agotada inconscientemente por lo vivido hacía un par de horas, no buscó más respuestas a la negativa sorprendente de no querer salir a jugar al parque; algo tramaban, sí, pero estaba tan cansada después del episodio que no dejé lugar para la sospecha, egoístamente agradecí quedarnos en casa. Soy madre, pero también humana, en mi cabeza aún deambulaban cruelmente esos ojos en blanco de mi hijo...

Es raro, hasta la hora de la cena han estado sin discutir ni una sola vez. Creo que el maletín de manualidades y colores que les regaló su tía para las vacaciones fue todo un acierto, aunque el secretismo de hoy en sus dibujos y creaciones es cuanto menos curioso. Siempre corren al terminarlos para enseñármelos, Juan, el primero, y por supuesto debo decirle que es más bonito que el de su hermana. Pero a Sandra no le importa, le guiño un ojo mientras lo digo y ella, orgullosa de su responsabilidad en esos momentos, sabe que ambas lo hacemos para no turbar la sonrisa de Juan.

Las once y media de la noche, estoy sentada en el sofá con las piernas en alto, lo necesitaba, al fin tengo un instante de relax en casa. Pienso irremediamente en mis dos tesoros, hoy Sandra y Juan se han ido a dormir pronto, algo tramaban, no sé muy bien qué, pero lo sé...

Aprovecho para abrir el correo, una carta del banco, la luz, otra de publicidad..., lo siento, lo dejo, el día ha sido demasiado largo y se me caen los ojos de sueño, mañana será otro día.

Reconozco que cada día me agoto más, estoy sola en esto, pienso que será la edad, ha llegado la noche de nuevo y no sé de dónde he sacado las fuerzas para culminar otro día. Ya he caído, he dado una cabezada, lo sé porque me ha despertado el golpe que el mando de la televisión ha dado en el suelo al caerse de mis manos rendidas.

Encaro somnolienta el pasillo camino a la cama. ¿He oído un ruido? No, será fruto del cansancio, no puede ser, los niños duermen desde hace rato.

Abro la puerta de mi dormitorio y al encender la luz, un avión de cartulina coloreado y decorado con papel de seda colgaba de la lámpara con un mensaje que decía: HOY YA ES 19 DE SEPTIEMBRE, FELIZ CUMPLEAÑOS. TE QUIERO, MAMÁ. FIRMADO: JUAN.

Entre lágrimas, solo he podido suspirar tranquila, no ha podido esperar a mañana, él siempre el primero, por fin descubrí el secreto de su nerviosismo de hoy. Sin saberlo, con una simple sorpresa inocente, mis hijos han conseguido recordarme que solo ELLOS son la fuerza, el motor y el aliento que me ayudan a luchar todos los días de mi vida.